

Juan de Ulúa, que es la Veracruz, vn hospital donde los recogen, y alli tienen al tiempo en que suelen venir las flotas vna gran requa de mulas de silla y de carga en que los traen con mucho regalo hasta Jalapa, que son veynte leguas, donde se reforman y descansan, y despues pasan a otro hospital que tienen en Perote, y de alli a otro que tienen en la ciudad de la Puebla, y todos estan con boticas abastecidas de medicinas para que los que vienen enfermos se curen, y luego pasan a Mexico donde buscan modo de viuir. Puesto el hermano Cortesero en Jalapa lo reedificó en lo temporal y siruió con grande exemplo de virtud y de humildad en él, donde con particular cuidado y deuocion puso en medio del patio vna cruz muy alta con peaña de piedra; y entre muchas cosas que en este hospital le sucedieron, dos son dignas que se sepan: la vna es, que del trauaje continuo de la obra de sus penitencias, que eran muchas, o por otras causas naturales, enfermó de vna apostema que le tuuo muy cercano a la muerte, para la qual ya el sieruo de Dios estaua preuenido con los Santos Sacramentos. Tenianle tan flaco los accidentes, que no podia rodarse ni sentarse en la cama si no era en otros brazos, para lo qual y su consuelo le asistia vn hermano que leuantandole vn dia le apretó con las quantas grandes de vn rosario que traia al cuello, y fue de suerte el abraço, o por mejor decir, la delicadeça del enfermo, que era tal, que le quebró vna costilla. El dolor del repentino subceso acrisoló bien su paciencia, y pasando lastimosamente con algunos remedios que con presteça se le hicieron, estando a la noche lleno de dolores y fatigas, deseando verse libre de las que consigo trae esta mortal viuenda, se puso a hablar con los santos médicos San Cosme y San Damian, que desde el dia que se dedicó a ser enfermero los tuuo por deuotos y abogados, y les habló assi: «Santos bien auenturados y amigos de Christo, no os pido que me saneis, sino que alcanceis del Señor que me saque desta vida y me libre del gran tormento que padezco.» Luego al punto los vido entrar por su aposento, resplandecientes y gloriosos, y llegandose a su cama le tocaron a la costilla quebrada. Sintió tan grande dolor, que dió tal grito, que no solo despertó al hermano que le asistia, sino que inquietó toda la enfermeria, y confuso y espantado preguntó qué dos hombres eran los que de alli salian con tanta luz y hermosura? Pareció a todos que esta pregunta era efecto de su gran flaqueça o imaginacion fantastica de sus desuelos y cercana muerte, pero confirmose en la pregunta, y acauó de entender que sin duda eran los santos sus deuotos a quienes hauia inuocado, pues ya sin el dolor que le hauia obligado a gritar se sentia bueno no solo de la apostema sino de la costilla, que ya, como todos vieron, estaua sana. Quedaron todos con la admiracion que pedia caso tan milagroso, dando gracias a Ntro. Sr. y alauando su inmensa bondad, pues tan manifestamente se declaraua.

Fue célebre este subceso entre todos los que antes le vieron enfermo, y tanto, que ya le llorauan por muerto, y ahora le veian que se levantaua de la cama sano y alentado, como si tan prolijos y peligrosos males no le huieran afligido. Despues de algunos meses, estando sentado a la puerta de la enfermeria, entró por la del hospital vna niña de hasta diez años, española, aunque trigueñita, de buenas faiciones y raçonable vestido, y sin hablarle otra palabra le dijo: «Padre, yo me vengo a morir.» Sonriose el sieruo de Dios, y haciendo donaire del dicho le respondió que si la muerte era por miedo de algunos açotillos, que él la llevaria a su casa y con sus padres o parientes compondria la pesadumbre, que no seria tan grande que con su per-

Sánalo  
milagrosa-  
mente  
San Cosme  
y San  
Damian

Singular  
caso que en  
Jalapa le  
acontece.

sona no quedasse llana y compuesta. La niña respondió, sin querer decir cuáles eran sus padres ni dónde era su casa, que no venia sino a morir, y que seria cierto su fin otro dia a las nueue; que le rogaua que despues de muerta nadie la descubriese, y que assi conuenia morir para ir a dar quenta en el Supremo Tribunal de cierto caso graue. Con toda esta resolucion hablaua la niña, y el hermano Cortesero la hiço regalar y dar cama, burlandose de las que le parecieron niñerías. Pasose con esto aquel dia, y otro por la mañana vidola buena y que no hacia cama, y dejandola en casa se fue a oír misa a el Conuento de San Francisco, y quando voluió la halló difunta y supo que hauia sido a la mesma hora de las nueue, que hauia dicho. Hiçose diligencia en el pueblo y en la comarca y no se supo quién era, de dónde hauia venido, ni huuo persona que la conociese ni tuuiese noticia de ella, que por ser tierra corta y de pocos vecinos fue mayor la admiracion, y la es muy grande el hauer estado el sieruo de Dios siempre ignorante de lo que esto pudo ser; y entre muchas cosas que Ntro. Sr. le reueló, ésta siempre le fue oculta. ¡Benditos sean sus diuinos misterios, que para mayor reuerencia suya quieren que se celebren con silencio, no haciendonos sauidores de mas de aquello que importa para nuestra saluacion, sin que la curiosidad humana tenga donde fundar la vanidad de sus discursos, dejandolos siempre dudosos para que teman y respeten!

### CAPITULO DIEZ.

*Cómo el sieruo de Dios, el hermano Cortesero, fue a la Veracruz, y de lo que sucedió allí.*

**P**OR la experiencia que se tenia ya de la virtud y buen exemplo del hermano Cortesero, le enuiaron desde Jalapa que fuese al hospital de la Veracruz, que es el puerto de San Juan de Ulua, para que se reformase. Fue a aquella ciudad, y primero que él hauia llegado la noticia de su piedad y humilde llaneça. Fue de todos bien receuido, querido y estimado, porque cada dia crecia en santidad y a todas horas acudia a socorrer las necesidades y aflicciones de los enfermos, considerando en cada vno de ellos a Jesu-christo crucificado. Era deuotissimo del misterio de la cruz, y vn domingo, a las ocho de la mañana, reçaua el santo Rossario, sentado en vnos corredores que mirauan a la mar, y allegó a él vn manceuo de buen talle y brio, vestido a lo clerical, que despues de algunas cortesias sacó vna cruz de extraordinaria madera y le dijo: «Esta cruz traigo para Vm., y lo que le suplico es que no se deshaga della hasta el vltimo término de su vida.» Reciuola el sieruo de Dios, y besandola prometió el cumplimiento de lo que le pedia. Preguntole Cortesero si era sacerdote, y diciendo que sí, le rogó que allí podria decir misa, que con grande aseo le darian recaudo; á lo qual dijo el clerigo que no podia por hauer de passar luego a tierra firme, que tenia que hacer alla, conque se despidió y se fue. Apenas se despidió quando el corazón del hermano Cortesero no le cauia en el pecho sintiendo vn nueuo cuidado y desseo de sauer mas del manceuo clerigo. Subiose a vn balcon alto

Va á la Ve-  
racruz

Conside-  
racion al  
curar los  
enfermos.

Singular  
cruz que  
Dios  
le envió.

de donde se diuisaua la fuerça a cuió abrigo estan todas las naos, por ver si salia alguna. No pudo sosegar y bajó a la ciudad, en cuiá plaça encontró al castellano, que entonces lo era Juan de Sarmiento, y preguntandole si estaua algun barco o nauio de partida para tierra firme y qué clérigo era el que en él iua, a lo qual respondió el castellano que tal barca ni nauio no hauia, ni aquel dia hauia passado barca de la otra banda del castillo a ésta, ni passaria de vna parte a otra, por ser dia de fiesta, hasta despues de comer. Rogole el castellano le dijese qué era lo que tanto cuidado le daua o qué despachos tenia a tierra firme que tan apriessa queria nauio. Contole el sieruo de Dios lo que le hauia sucedido, que causando en el castellano admiracion, llamó a algunos soldados y les mandó que inquiriesen y buscasen el aparente clérigo. No pareció en toda la ciudad, ni en las naos y barcas huuo quien pudiese sauer dél, con que quedaron todos confusos y el hermano Cortesero con la prenda que le hauia dejado, persuadido a que fue vno de aquellos espirituales ministros que Dios tiene en su presencia prestos para tales recaudos. Quedó con esta cruz muy consolado y rico de mil bienes para su alma, y en ella tuieron siempre los frailes vna comun y abastecida botica para sus enfermedades y trauijos. Es el tamaño desta cruz de vna tercia de largo, poco mas o menos; de vna pulgada de grueso; la hechura es llana, la madera es singular y no se ha podido conocer su especie; está perfilada con vn raitas no todas de vn mismo color, con que en todo es peregrina. Tuuo consigo el sieruo de Dios esta cruz hasta la desseada hora de su muerte, en cumplimiento de lo que el angel le dijo, y entonces la dio al Padre Presentado Fray Juan Nuñez, su confesor, a quien la hauia prometido muchos años antes, y por muerte del dicho Padre se trajo esta reliquia al Conuento de Santo Domingo de la ciudad de la Puebla. Con esta riqueza que adquirió el sieruo de Dios en el puerto de la Veracruz, voluió al hospital de Jalapa, hauiendo puesto en orden y concierto las cossas que en el de la Veracruz tenia a su cargo; y en el de Jalapa tuuo grandes persecuciones, que no hay virtud sin ellas; y aquí dio exelentes muestras de su humildad y paciencia, que entonces es bien conocida quando es exercitada. Sufrió el Bdto. hermano con buen ánimo, y eran las persecuciones y trauijos alimento y dulçura de su alma, y todos los dias hacia particular oracion por sus perseguidores, en que daua grandes muestras de su feruorosa charidad y de estudiar esta lición y exercitarla como dicipulo de nuestro celestial Maestro Christo Ntro. Sr., que fue el que nos enseñó tan diuina doctrina. Poco despues fue a viuir a la ciudad de la Puebla, y en ella tanuien se ocupó en seruir a Dios en los hospitales. Estuuó en el de San Pedro y en el de Ntra. Sra. Cuidaua maravillosamente de los enfermos; seruiiales la comida, haciales las camas, barria los aposentos, y apenas se quejaua el enfermo quando estaua él a su caucera para ver lo que pedia. Leuantauase dos y tres veces de noche, y considerando quan acepta es a Dios la misericordia y compasion de nuestros proximos, no hauia trauijo que no venciese. Con tan celestial pensamiento pedia y buscava limosnas para el sustento del hospital, y de puerta en puerta y de cassa en cassa recogia particulares regalos para los enfermos que tenian maior necesidad. Quando vno llegaua a la hora de la muerte, el sieruo de Dios le velaua y consolaua, y no se apartaua de su lado en aquel trance riguroso, y despues de muerto le amortajaua y acompañaua hasta la sepultura. Estando en el hospital de San Pedro le injurió vn clérigo grauemente y le dijo muchas palabras feas y afrentossas, y el sieruo de Dios calló a to-

das

Vuelve á Jalapa.

Padrece allí persecuciones.

Pasa á la Puebla.

das con admirable paciencia; y hauiendo llegado el caso a oídos del doctor Don Diego Romano, que era Obispo de la Puebla, y le amaua y estimaua mucho, y queria proceder a castigar al clérigo, se fue al Obispo y se arrojó a sus pies suplicandole no procediesse a castigarlo sino que le perdonasse, y a él le diesse licencia para salir de aquel hospital y ir al de Ntra. Sra. para quitar la ocasion que se pudiera allí ofrecer de que el clérigo se enojase otra vez y ofendiesse a Dios; y assi se hizo, con gran edificacion del Obispo y de los que supieron el caso. Fuese al hospital de Ntra. Sra. y continuó los mismos exercicios que en los otros hospitales hauia tenido. Vinole vn particular desseo de maior rigor en sus mortificaciones, y de maior perfeccion, a su parecer, que ésta desseaua y buscava siempre. Quiso hacerse hermitaño, pareciendole que con mas continua contemplacion y mas tiempo para la oracion hallaria su alma el sosiego que hauia menester para el aprouechamiento de su espiritu. Y consultando este parecer a quien le pudo disuadir con facilidad por no ser aquel al que el Spiritu Santo encaminaua el fin de su vida, no pasó adelante en la aficion que hauia cobrado a la vida heremítica. Quietose su espiritu y continuaua su hospitalidad, que vna de las cosas que arguyen gran virtud y santidad, es no dejarse lleuar quien trata de acertar, de su parecer y propio dictamen, sino humillandose, seguir el consejo del que le puede dar, que assi se acierta en el seruicio de Nuestro Señor.

## CAPITULO ONCE.

*Cómo el hermano Hernando Cortesero vino a la Orden en el Conuento de Santo Domingo de la ciudad de la Puebla.*

ENTRE los innumerables faouores y grandes mercedes que de las purísimas y virginales manos de la Sacratissima Reina de cielo y tierra, Maria Santissima, Madre de Dios, ha reciuido su Orden de los frailes predicadores, se deue estimar por beneficio singular el hauer dado a toda la Religion de Santo Domingo tal santo, a la Prouincia de Mexico tal varon, y al insigne Conuento de la Puebla tal hijo, como fue el gran sieruo de Dios Fray Hernando Cortesero, tan insigne en santidad y de tan pública y acreditada virtud, que quando el Conuento de la Puebla no huuiera sido tan fecundo en hijos de religion y letras, este sieruo de Dios bastaua para honrarle y darle nombre en todo el mundo. Bien puede preciarse de dichosso, pues guardó y fauoreció Dios tanto y por largos años, y por diuersas tierras, y en tantos peligros de alma y cuerpo a Hernando Cortesero, para traerle al Conuento de la Puebla, donde dio los maiores esplendores de santidad y tuuo fin dichosso el curso de su vida, tan singular como larga, y goça de tan preciosa reliquia como la de su cuerpo. Estaua el sieruo de Dios vna tarde parlando con otro hermano del hospital de Nuestra Señora quando la campana de nuestro Conuento hizo señal para llamar a Completas; dijole entonces el hermano: «hermano Cortesero, vamos a Santo Domingo y oiremos la Salue de la Virgen.» Respondiole con tibieça Cortesero diciendo que se dejase de esso, que allí la podian reçar. Porfióle el hermano replicandole que era regalo pa-

ra